

güedad anunciaron con la adivinacion de su genio el destino confiado á la raza germánica en el fin de aquellas sociedades. Cuando Lucano describe en versos imperecederos la ruina de la libertad en Farsalia, no la ve morir, extinguirse, no; la ve pasar el Rhin y refugiarse en las tribus inocentes, primitivas de la ignorada Germania. Y Tácito, la conciencia, el remordimiento de la sociedad antigua; Tácito, que ha enrojecido su estilo en el fuego del amor á la libertad para hundirlo como un puñal y revolverlo eternamente dentro del corazon de los tiranos; Tácito, o pone á la obra de César la obra de la naturaleza, al imperio despótico, la federacion de las tribus; á la elocuencia muda, la asamblea en los campos; al magistrado impuesto por los siervos pretorianos el magistrado elegido por los hombres libres; á la corte corrompida de los Emperadores, la familia amante, la mujer respetada, la pureza de las costumbres adquiridas en las inspiraciones de la conciencia y en los ejercicios de la libertad.

César, en cuya frente parecia haberse condensado todo el genio romano, temblaba delante de ese inmenso misterio que se llama el mundo germánico y queria encerrarlo dentro de su imperio. Y allá, por las selvas, por las estepas, en el sueño de la vida primitiva, en la confusion ciega con la naturaleza, los germanos sentian correr como viento abrasador la cólera contra Roma. «Yo no voy por mi propio pié á Roma, exclamaba Alarico en sus correrías á la Ciudad Eterna; yo siento que algo superior á mi voluntad me empuja, me arrastra, sin consentirme descanso, y me fuerza imperiosamente á saquear á Roma.» Genserico despliega las velas de su nave al viento. No sabia dónde iba. El piloto le pregunta: «Señor, ¿á qué pueblos vamos?—A aquellos pueblos contra los cuales se ha levantado la cólera de Dios.» Y fueron á Roma.

¿Qué odiaban principalmente los bárbaros en Roma? Odiaban el principio enemigo de su principio, el ideal contrario á su ideal; odiaban el poder omnímodo, la autoridad absorbente, el cesarismo que negaba la raíz verdadera de la vida, nuestra personalidad. Y desde entonces, siempre que el mundo latino ha llegado por impulso de su carácter, por obra de sus tradiciones, á uno de esos estados políticos ó sociales, que reproducia el imperio romano, siempre ha venido á restablecer la raza germánica el principio de individualidad. Así como las hordas de Alarico, de Genserico, nacidas en las selvas, educadas por

el estruendo de los combates, sin mas hogar que su carro de guerra, sin mas patrimonio que sus armas, corren á devastar á Roma por ser el centro de la unidad imperial y cesarista, los descendientes de estas hordas, cumplen, tanto en la Edad media como en el Renacimiento y en el Renacimiento como en la Edad moderna, el mismo ministerio que cumplieron al término de la antigua historia. Y en efecto, si el pueblo franco, apostatando de los principios germánicos, restablece el imperio en Cárlo-Magno, las demás tribus, las demás familias europeas del mismo origen, azotadas por la espada de los normandos, fundan el individualismo moderno en el caos feudal; si los Pontífices predominan y apoderándose de la conciencia, organizan por su teocracia gobierno fuerte y autoridad universal desde Roma, el imperio germánico y su representante mas ilustre, la casa de Suabia, contrasta esta unidad religiosa con la oposicion política, civil, é impide la copia tristísima en Occidente del Bizancio oriental, fundado sobre la armonía entre el Patriarca y el César; si en el siglo décimosexto el Emperador Cárlos V de un lado, con sus inmensos dominios, y los Papas artistas de otro, con su inmenso prestigio, salvando el cisma, disueltos los concilios, que amenazaban á la autoridad de la Iglesia, sometida Gante, descabezadas las comunidades de Villalar y las germanías en Valencia, que amenazaban al poder del Imperio; si dos poderes de tanta fuerza sobre la tierra, como el poder de Cárlos V que habia encontrado en los mares el Nuevo Mundo, y el poder de Leon X que habia encontrado en las ruinas el mundo antiguo, amenazan con estrecha alianza, que restaure el cesarismo; ahí está para impedirlo, para quitar al Pontificado su prestigio, al Imperio su paz, el oscuro fraile Lutero, que recoge todas las iras de su raza, y que repitiendo desde la imprecacion del campesino ebrio, hasta la plegaria del ángel en éxtasis, toma la Rôma de los espíritus con la misma ira que Alarico y Genserico habian tomado mil años antes la Roma de los Césares; si la grandeza y la fuerza de Felipe II ahoga el protestantismo, un germano de raza, holandés de nacimiento, Orange de nombre, derriba al coloso que cubria con su sombra toda Europa; si la política de Luis XIV en el siglo siguiente engendra otra gigante reaccion católica, así en las conciencias como en los Estados, otro germano de raza, holandés de nacimiento, Orange de nombre, alza el protestantismo, la religion individualista, al trono



de Inglaterra; si los Reyes á mediados del siglo décimo-octavo han establecido su autoridad absoluta, despojando hasta la Iglesia misma de sus atribuciones, la raza germánica ó su familia sajona, viene á turbar tanto poder con la proclamacion de la República y el advenimiento de la democracia en América; si triunfantes los principios revolucionarios en 1793 y de nuevo triunfantes en 1848, cesarista reaccion, engendrada primero por el César de nuestro tiempo y despues por su descendiente, el nuevo Augusto, funda la autoridad imperial, los germanos Wellington y Blücher en Waterlío, Moltke y Bismarck en Sedan, destruyen esos imperios, y alzan nuevamente la idea de la individualidad humana que es como el hueso y la médula de todas nuestras libertades.

Los alemanes han obrado sus revoluciones mas en la conciencia que en el espacio. Sus sublevaciones mas formidables han sido sublevaciones del espíritu. Ciertamente no han levantado ellos como nosotros la guillotina para sus Reyes, no han puesto como nosotros la piqueta demoledora en las bases de sus templos; no han colgado en el presente siglo de la linterna á sus señores feudales como los franceses colgaron á sus nobles y los españoles á sus frailes; aun estamos esperando aquella formidable revolucion anunciada por Heine y á cuyo lado la revolucion francesa habia de convertirse en idilio; los alemanes no deben aspirar con derecho al título de revolucionarios. Pero, allá, en la esfera intelectual; allá en el cielo de la idea, en la filosofía y en las artes ¡cuántas revoluciones profundas, cuántos destronamientos audaces han consumado! Los dioses y los Reyes, las castas sacerdotales y las castas aristocráticas, el dogma fundamental de las religiones de la Edad media y el dogma fundamental de las monarquías tradicionales, todo ha sido descomuesto, devorado, consumido en el ardiente crisol de su crítica.

¿Será cierto que los pueblos no pueden tener universalidad de aptitudes? ¿Será cierto que aquellos mas duchos en la abstraccion y en la ciencia flaquean cuando bajan á la realidad y á la política? Tentados estaríamos á creerlo estudiando el movimiento científico y el movimiento político de Alemania. Su audacia no tiene límites cuando de atacar los poderes morales y las ideas abstractas se trata. Los filósofos llegan al trono estrellado de Dios histórico y tradicional con la espuma de la rabia demagógica en los labios y

el hacha del verdugo regicida en las manos. A los golpes de su implacable lógica las supersticiones caen con estrépito mas ruidoso que el estrépito de la revolucion. Hernan Cortés con todo su genio aventurero, con todo su valor épico, y con toda su fe española, jamás desacató los ídolos de los conquistados mejicanos como el humilde y tímido filósofo de Alemania ha desacatado desde las fórmulas científicas al Dios de sus conciudadanos. Todos nuestros motines en la plaza pública, todas nuestras insurrecciones de cuartel, todos nuestros movimientos revolucionarios que despiden tan tonante electricidad, jamás contuvieron la esencia ni las cantidades de revolucion que contiene uno de esos discursos, al parecer oscuros, idealistas, ajenos á la realidad que pronuncia el doctor aleman sentado sobre su alta cátedra como sobre vaga y apartadísima nube. A ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes debemos esa teoría del derecho ante la cual aparecen las ideas de Rousseau como conservadoras y reaccionarias; á ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes debemos esa teoría del progreso, á cuyos impulsos todas las instituciones, aun las mas creidas de su origen celeste y mas destinadas por los poderes públicos á la eternidad, han caido en el movimiento dialéctico de las ideas humanas y han aceptado la ley de la trasformacion universal, que condena todas las resistencias contra la libertad á segura derrota, y todas las reacciones á inevitable muerte. El Universo y Dios, el alma y el cuerpo, la naturaleza y el espíritu, han sido llamados al tribunal de su filosofía; los Reyes y los Papas, las castas sacerdotales y las castas guerreras al tribunal de su historia. Jamás ningun tribuno dirigió imprecaciones al orgullo de los tiranos á la manera que ellos á la autoridad de la monarquía y de la Iglesia; jamás ningun revolucionario limpió la sociedad de monstruos con la fuerza que ellos emplearon para limpiar la conciencia de sofismas. Pero estos semi-dioses de la tierra, soberanos del pensamiento, jueces de las instituciones, al entrar en la vida han visto sus derechos mas sagrados á merced del primer montero de uno de esos Reyes, ó régulos, vestigios de la Edad media, fuegos fatuos en el osario de lo pasado, que han reinado recientemente y que en algunos pequeños Estados todavía reinan sobre el suelo feudal de la vieja Alemania.

Háse comparado el aleman al indio antiguo, absorto en la contemplacion



del mundo y en la contemplacion de sí mismo, dando á los otros pueblos sus ideas y sus dioses. Háñseles comparado tambien á los griegos despues de Alejandro; no porque posean aquella elocuencia escrita y oral propia de los griegos en todo tiempo, como si no pudiera el espíritu helénico ser tocado de decadencia; no porque posean aquel relieve de formas, de expresion que da vida, y sangre y carne á los pensamientos mas abstrusos; no, parécense á los griegos en su vejez, porque como estos piensan, escriben, hablan, enseñan, trasforman las conciencias, se entregan á las ideas y dejan que á su lado, sobre sus espaldas se levante un imperio militar y autocrático, el cual, de tiranía en tiranía pueda llegar á engendrar la degeneracion física y moral de la antigua Bizancio.

Los pueblos latinos que tan rápidos fueron siempre en la realizacion de sus ideas, apenas han tenido libertad de pensar. Los pueblos alemanes, que han tenido antes la libertad de pensar, apenas han experimentado el vivo deseo de realizar sus pensamientos. Y la idea que no toca á la realidad, que no la trasforma, que no se convierte en el pan del alma distribuido entre los pueblos, que no derrite cadenas, que no destruye cadalsos, encerrada allá en las cimas de la razon pura, es como Dios sin Providencia, como Dios recluso en la soledad de su inaccesible sustancia, sin comunicacion alguna ni con el espíritu ni con la naturaleza. Nadie admira como yo la Alemania, nadie. Su metafísica es el tuétano de nuestro pensamiento. Su poesía responde mejor que ninguna otra al vago idealismo de nuestro espíritu. Debe llamarse el arte aleman la filosofía del corazon. Su música misma, impenetrable á las primeras audiciones, parece, despues de conocida, la voz de la naturaleza, la armonía de las ideas increadas, la anticipacion del espiritualismo celeste. Yo perdono á los escritores alemanes la confusion del estilo y á sus filósofos la oscuridad del pensamiento, porque comprendo que solo así pueden conservar aquel individualismo característico á su naturaleza. Yo admiro la indagacion pacientísima, el culto religioso á la ciencia, toda la nutricion que los alemanes han dado al espíritu moderno. Pero cuantos amamos el progreso tenemos derecho á proferir alguna queja, alguna reconvenccion y amarga en los oidos del pueblo aleman. Sí, aquel pueblo descrito magistralmente por Tácito con todas las aptitudes para la libertad; menospreciador del oro porque descono-

cia las necesidades que el oro satisface; reunido en asambleas donde los principales trataban de las cosas menudas y el pueblo entero de todas; gobernado mas por el ejemplo que por la autoridad, mas por la persuasion que por la fuerza; dotado con la facultad de elegir á sus jefes y dispuesto al deber de acompañarlos y seguirlos por todas partes; adorador castísimo de la mujer, en cuya frente vislumbraba las señales de la profecía y en cuya hermosura el divino ministerio del sacerdocio; aislado en su hogar con su familia y con sus hijos que no sabrian agarrarse de otro pecho ni nutrirse de otra leche que del pecho y de la leche maternales; amigo de su independencia personal hasta la exaltacion, y enemigo de la tiranía hasta el encarnizamiento; este pueblo que á través de tantos siglos ha conservado alguna de aquellas virtudes primitivas, como ha precedido á todos los pueblos modernos en proclamar la conciencia libre, debió tambien precederlos en establecer la federacion y la república.

Pero no seamos materialistas. La idea, aun aquella que parece mas vaga y mas abstracta, alimenta las conciencias y se filtra en la realidad. Cuando nos perdemos en las abstracciones científicas, no pensamos en que aquellas abstracciones como el Verbo divino, han de encarnarse en la sustancia y en la forma del género humano. El viajero, perdido en la cima de los Alpes, sobre las nieves eternas, sin poder apenas respirar, sin percibir ni asomo de vida en aquel desierto de hielo, no concebirá que allá abajo, en el valle hondísimo sea tanta frialdad, tanta inmovilidad, tanta desolacion el Rhin, el Tesino, el Ródano, derramando la vida y la alegría de la abundancia en las campiñas de Italia, de Francia y de Alemania. La idea es alma, la idea es vida. Los hechos no hacen mas que copiar las ideas y copiarlas imperfectas, borrosamente. En todo el curso de los hechos sociales van contenidas las ideas y son como el oxígeno en el aire. Quizá tarde siglos en formarse la sociedad animada por una idea progresiva. No nos curemos de los plazos. Pero el tiempo es una idea de relacion, el plazo será largo si con nuestra breve vida se compara, breve comparado con la vida de la humanidad. Nadie es capaz de calcular los millones de siglos que han sido necesarios para formar y componer el planeta en el cual vamos embarcados. ¿Quién puede adivinar lo que tardará una idea en caer de la mente de un pensador sobre el cenáculo